



En el Ateneo Mercantil

Una conferencia notable de Unamuno

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

Desde las nueve y media el salón de actos del Ateneo Mercantil ofrecía el aspecto de las grandes y memorables solemnidades. Un numeroso público, ávido de oír la palabra elocuente y justa del gran maestro D. Miguel de Unamuno, ocupaba completamente la amplísima sala, y al presentarse a la hora anunciada el ilustre orador, le saludó con prolongada salva de aplausos.

El presidente del Ateneo, Sr. Serrano Chassaing, presentó en breves y sentidas palabras al conferenciante, señalando las tres condiciones principales de su alta personalidad literaria; esto es: su pensar sólido, honrado y original; su palabra elocuente, dócil y sumisa a su pensamiento, y su copiosa producción intelectual, reveladora de universal y sabia cultura.

Terminó el Sr. Serrano sus breves y oportunas frases expresando en nombre del Ateneo Mercantil su agradecimiento por haberse dignado honrar la tribuna de esta Sociedad, y diciendo: «Y ahora oígame al maestro».

Al levantarse el Sr. Unamuno a hablar, le saludó una espontánea y prolongada salva de aplausos, tributo de la sincera simpatía que su original personalidad despertó en la culta sociedad.

El Sr. Unamuno comenzó diciendo:

«Señores del Ateneo Mercantil; es decir, mercaderes de la ciudad de Valencia: No es posible elegir el tema de mi conferencia. Nos lo da la actualidad; mejor dicho, la moda política, y apenas se puede hablar de otra cosa que del problema que el Sr. Cambó ha declarado ser el más urgente, el de más inaplazable urgencia en los actuales momentos políticos: la autonomía de las regiones. Y tanto es esto así, que todas las izquierdas se han declarado, siguiendo la moda, francamente autonomistas, aun sin entender sincera y clara qué cosa sea eso de la autonomía, mejor por táctica política que por principios, sin estudiar la cuestión, sin tener en cuenta que la tradición republicana es profundamente unitaria y que la República española se perdió por su fraccionamiento, por el cantonalismo.»

Desde este momento nos fué imposible materialmente seguir con integridad la maravillosa oración del Sr. Unamuno. Pendientes unas veces de sus esculturales párrafos, abandonábamos la pluma inconscientemente para escuchar sus formidables afirmaciones, sus bellos símiles y rotundas antítesis. Otras veces nos veíamos obligados a sumarnos a las espontáneas y arrebatadoras manifestaciones de asentimiento y entusiasmo del público, ávido de seguir la clara y convincente palabra de este hombre representativo de la más alta independencia del pensamiento español. No nos fué posible otra

cosa que tomar nota de sus principales afirmaciones.

Siguió el Sr. Unamuno diciendo que el problema de la autonomía no podrá resolverse en paz, sino en discordia, y conviene que así sea.

«La frase célebre de Maura: «La patria, como la madre, no se escoge», no es cierta. Se escoge la madre, como se escoge la patria. Hay quien adopta una madre, porque no lo fué para él la mujer que le dió a luz. No es madre tampoco la hembra que arroja sus hijos a la inclusa, y así hay quien nace en un país siendo espiritualmente hijo de otro, al que adopta por patria o del cual desciende él o sus padres. A la patria es preferible tratarla mejor que como madre, como esposa o como hija, virilmente, duramente a veces...»

Afirman los catalanistas que hay que aceptar los hechos consumados sin discutirlos, y citó a este propósito un párrafo de «La Veu de Catalunya», «diario que leo todos los días», subrayó el orador, en el cual se afirma que las gentes de la meseta central son incomprensivas, no comprenden la actualidad, y lo que ocurre no es esto, sino que comprendiendo perfectamente a los catalanistas, no simpatizan con ellos porque son elementos opuestos, antitéticos...»

La nación es una realidad geográfica, pero también un concepto político, una entidad espiritual, un lazo de comunes sentimientos, de tradición común, con una misión común que realizar.

Nuestros antepasados yacen en sus sepulcros convertidos en huesos calcinados y blancas cenizas. Mal haríamos en querer hacer revivir aquellas frías glorias pretéritas; mejor haríamos, indudablemente, en convertir aquellos sepulcros en cunas, en las cuales nuestros hijos, sintiendo todo el espíritu de sus antepasados, miraran a la realidad frente a frente... (Una ruidosa ovación, que duró unos minutos, interrumpió al orador.)

Una patria es también, y ante todo una lengua, y por esta razón las diferencias entre ciertas regiones son, en realidad, un disentimiento entre dos espiritualidades que culminan en diferencias esenciales de dos lenguas distintas.

Castilla conquistó Cataluña políticamente; pero no se la asimiló, ni en tiempos de los Reyes Católicos ni en el de los Borbones, a pesar de tener intereses materiales comunes, pero siempre inconfundibles. La lengua catalana llegó a culminar en el siglo XV, en las obras de los cronistas, en la crónica «de lo rey En Jaume», en la de Desclot y de los poetas medievales, como Ausias March, decayendo y transformándose luego en lengua fa-





LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

militar durante las centurias XVI, XVII y XVIII; esto es, durante las gloriosas épocas del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución francesa. Volvió a renacer en el siglo XIX con los poetas que acaudilló Aribau, llegando otra vez a afirmarse la personalidad literaria de aquel pueblo.

Nosotros, los de otras regiones, los que poseemos una lengua madre, hemos llegado a conquistar el castellano como una lengua esposa, para verter en ella nuestros pensamientos a la gran familia humana. No hablando lengua vasca, sino la lengua castellana, los grandes navegantes y descubridores de mi región salieron de España, y Legazpi descubrió las islas Filipinas y El Cano dió la vuelta al mundo. Mistral enterró el provenzal con su «Mireya». Aquellos grandes provenzales modernos, que en diversos órdenes de ideas capitanearon, de un lado León Gambetta y de otro Alfonso Daudet, cuya lengua materna era el provenzal en francés, la lengua oficial de la Francia, desarrollaron libre y gloriosamente su genio y sus excepcionales aptitudes intelectuales.

Los catalanes acaso necesitan su lengua nativa para distinguirse como colectividad; pero este exclusivismo lingüístico siempre fué signo de decadencia de los pueblos.

Suponed — dijo el señor Unamuno — que uno tuviera una espingarda con la cual se batieron gloriosamente sus abuelos, y quisiera emplearla en las luchas modernas. Yo le diría que era más práctico arrimar la venerable espingarda, prestarle culto y veneración y comprarle un mauser. Y si se empeñase el poseedor de aquel arma veneranda en transformar la espingarda en mauser, yo volvería a decirle que era mejor y más expedito comprarse un mauser hecho. (Otra estruendosa ovación coronó este párrafo del orador, durando los aplausos largo rato.)

En el fondo de la cuestión no hay separatismo que es una idea; sino separación, que es un hecho; separación que ya está hecha, quiérase o no.

Recordad a este propósito que cuando se asesinó a Rizal, el último pensamiento que dedicó a su patria aquel héroe filipino fué dicho en lengua castellana.

Cataluña se unió a España, perdiendo su personalidad a cambio de un plato de lentejas: los aranceles. Pero hoy quiere recabar aquella independencia, aunque sea perdiendo las lentejas. Hoy no es sólo una cuestión de aranceles.

Cuando el Sr. Puig y Cadafalch, presidente de la Mancomunidad, presentó las bases últimas de la autonomía catalana, dijo que en todos los extremos admitía discusión y regateos, excepto en la cuestión de la enseñanza. «Esta — dijo — la queremos íntegra. Queremos ser nosotros los que eduquemos e instruyamos a nuestros hijos, a los catalanes.» Pero este exclusivismo puede producir un grave conflicto entre la lengua regional y la lengua oficial de España, que no es una lengua castellana nacional, sino internacional; mejor dicho, «sobrenacional», que hablan más de veinte naciones. ¿Qué es la lengua castellana en Valencia? Blasco Ibáñez y otros novelistas han escrito sus novelas en castellano claro y diáfano, que ha divulgado vuestras costumbres y sentimientos por España y América; y así

vuestros poetas, y Querol entre ellos, escribió sus «Rimas» en una lengua castellana más dulce que el sabroso jugo de vuestras naranjas.» (Ovación estruendosa.)

El orador señaló el hecho de que los gallegos indianos, que legan grandes sumas para la construcción de escuelas en Galicia, ponen por condiciones previas que dichas escuelas han de ser laicas y en ellas no se ha de enseñar gallego, sino castellano, francés, inglés y todas las lenguas europeas que puedan servir a los gallegos para la conquista del mundo.

«Prat de la Riba dijo que Cataluña era la Prusia española y que era preciso conquistar a España por medio de la lengua catalana, aquella lengua que el gran Maragall calificó de áspera. Este odio a la lengua española se explica, porque en castellano se le han dicho muchas cosas a Cataluña; pero no se le ha enseñado nada.

Yo recuerdo — siguió diciendo el orador — un cura vascongado que desde el púlpito decía: «No enseñéis el castellano a vuestros hijos, porque esa lengua es el vehículo del liberalismo.» (Salvas cerradas de aplausos interrumpieron al orador.)

Es, pues, esto de la autonomía una cuestión de hecho que no se puede sostentar. Consiste en un divorcio espiritual. Cataluña no es una región oprimida más que las otras; me diréis que sí; que es la región que siente más la opresión y mejor protesta contra ella. Cataluña y Castilla son, sencillamente, un matrimonio que no congenia, y la salvación, triste es decirlo, no es otra que la separación del alma castellana y de la catalana, aunque el cuerpo siga siendo uno mismo...

Cuba se separó de España, y sin embargo sigue siendo española por la lengua y por el espíritu.»

Habló de la teoría del pacto, enunciada por Rousseau, amplificada por Proudhon, y sostenida en nuestra patria por aquel hombre bueno e ilustre que se llamó Pi y Margall, afirmando que por el pacto no se pueden constituir las naciones y patrias, sino razones sociales, Estados.

«Todas las naciones que poseen varias lenguas, una de éstas, por su mayor contenido de cultura, es la dominante de las demás...

Las Confederaciones son hechas de abajo arriba, uniendo varias naciones o Estados, que delegan parte de su Soberanía en un organismo central. La Federación es de arriba abajo; esto es, delegando parte de su Soberanía el Estado central en las regiones. Todos los Estados tienden hoy a la unidad, como ocurre en los Estados Unidos; esto es lo normal.



confederarse, no romper la unidad. Suiza no constituye una nacionalidad verdadera, sino una agrupación de cantones de diverso origen. Lo mismo ocurre en Bélgica; pero es probable que la común desgracia de la guerra logre unir a los valones y a los belgas.»

Citó un conflicto entre el Japón y California, estado unido de América, que determinó una mayor tendencia a la unidad política de la gran República norteamericana.

«Si en España se ensayara la Confederación, como desean los catalanes, surgirían todos los días graves conflictos entre los naturales de las regiones y los forasteros a vecindados en ellas. Además, Cataluña, en sus bases autonómicas, pretende que la legislación social y el ejército y la acuñación de la moneda quede a favor del Estado central, para no hacerse ella antipática a la clase obrera, y porque la moneda tiene depreciación por el cambio, depreciación cuya parte alícuota que pudiera corresponderle a Cataluña rechaza de antemano. En una palabra: en el reparto de facultades deja siempre Cataluña el hueso para el Estado central.

¿El estado actual del problema significa una derrota de Castilla? — pregunta el orador. — No. Es una derrota del ideal de toda la tierra española. La culpa arranca desde que vino a España el hijo de Felipe el Hermoso y la Reina Laca. Carlos V de Alemania arrastró a España a una política exterior imperialista y de despotismo, siendo España un baluarte contra la Reforma con los Austrias y contra la revolución con los Borbones; y en nuestra patria, ni entró el espíritu de libre examen de la Reforma, ni el liberal del Renacimiento, ni el radical de la Revolución.

De aquí derivan nuestros males; de que aquí no hubo revolución. Francia se ha salvado en todas sus crisis supremas por ser decididamente unitaria, pues el espíritu de la revolución unifica.

El primado de la causa catalanista pidió un puesto para el Papa en la Conferencia de la Paz, descubriendo un fondo profundamente reaccionario, pues aquella pretensión significaba la restauración del poder temporal del Papa.

Existe en el fondo una profunda antipatía entre los catalanistas y Francia. Esta nación es francamente liberal, democrática y unitaria, porque es profundamente revolucionaria. Cambó no pide monarquía ni República: quiere Cataluña a secas. Además ha dicho que la cuestión de derechas e izquierdas no existe en España.

Dicen además los catalanistas que quieren destruir las oligarquías centrales. España recela que no es esta una cuestión de descentralización, sino «de descentramiento»: trasladar aquellos centros a Cataluña.

No he venido ante vosotros para hablar contra la autonomía. He venido a exponer hechos, a explicar lo que ocurre, lo que ha ocurrido; esto es, que la unidad de la patria se ha roto, y que sobrevendrá una guerra civil, aunque no se vaya en ella a tiros por las calles.

Hemos llegado a esta situación, porque durante la guerra hemos estado viviendo agonizando por nuestra política de neutralidad, que todos sabemos realmente que no ha sido otra cosa que una alianza clandestina...

(Exclamaciones estentóreas y aplausos ensordecedores interrumpieron al orador algunos momentos.)

Aquí los más altos dignatarios del Estado no han querido hacer nación, no han querido internacionalizarse, arrullados por ciertas esperanzas, de quien pudo hacerlas de su puño y letra, de concedernos Tánger, Gibraltar y Portugal, resolviendo de paso el problema de Cataluña. (Otra formidable ovación.) Y fué nuestro canciller a París, como antiguamente los reyes a Canosa a besar la sandalia del Papa, a pedir indulto (Aplausos), y se le dijo por el gran estadista que rige los destinos de Francia que el presente y el futuro dependían del pasado, porque en él tenían sus raíces... (Ovación indescriptible.)

Respecto a otro orden de ideas, os diré que se produce y se trabaja en lengua casera, regional; pero se exporta en castellano, en francés, en inglés, porque la industria es local, pero el comercio es internacional. Los señores Cambó y Ventosa vinieron aquí a conquistaros en catalán. (Una voz: ¡Por eso se les síbó!) Yo, que vengo a hablaros, lo hago en castellano, porque esta es la lengua con que podéis conquistar el mundo. Pero si queréis vivir la vida retirada y aislada del fakir indio, que separado del mundo existe contemplándose el ombligo (Risas profundas), entonces podéis resucitar el lemosín.

Sé que no consentiréis que se dé a vuestros hijos la enseñanza pública, civil, en valenciano, porque esto sería empujar a España en vez de agrandarla.

El señor Cambó dice que este problema de la autonomía y de la lengua es lo que urge. Yo creo, como cree nuestra patria, que urge más prepararnos para entrar digna y honradamente en la Liga de las Naciones, haciendo patria, haciendo nación, barriendo totalmente, radicalmente, a todos los culpables de nuestra decadencia, desde el más alto hasta el más bajo.» (Atronadora y ruidosa ovación.)

El señor Unamuno finalizó su discurso con este párrafo:

«El pasado es escoria y está simbolizado en un Escorial, que es preciso cerrar definitivamente para que no entren en él uno más de los Hapsburgos y Borbones, y convirtamos aquellos sepulcros en cuevas origen del nuevo espíritu de nuestros hijos.»

La ovación que coronó el discurso formidable del gran pensador fué estruendosa y memorable y se prolongó varios minutos.

Mañana lunes, a las diez de la noche, el elocuente orador e ilustre catedrático de la Universidad Central D. Andrés Ovejero dará una conferencia sobre el tema «España y la Sociedad de las Naciones».

Quedan invitados los socios.

